

¿Qué NO LE GUSTA?

—Dime—pregunto hoy a mi contertulio— dime algo de lo mucho que tiene todavía la ciudad en su capítulo de fealdades. ¿Qué no te gusta?

—Lo que me parece mentira —y te lo digo con toda mi franqueza— es que todavía andes pluma en ristre en busca de unos temas que no van a ser oídos. Me gustaría saber que entiendes tu por escarmiento. Hasta cuando va a durar la buena fe en preguntarnos por más tiempo cuales son las cosas que no nos gustan, cuando ves que, ni por error, todas nuestras denuncias hallan el menor eco.

—¡Y a nosotros qué! —podría yo contestarte—. Quien cumple con su deber presta a la vida un servicio imponente. Y más, mucho más todavía si lo cumple sin segundas intenciones, sin esperar siquiera la bendición de un aplauso. Exceptuando las ideas, todo lo demás en este mundo es pasajero. ¿Qué puede importarnos, pues, la anécdota de nuestros días? En cambio —y eso sí que, amigo, no lo dudes— los días valorarán cada una de nuestras posiciones. Guardo en mi archivo algunas de las publicaciones que aparecieron en la ciudad hace más de medio siglo, y verías como sus páginas son pura doctrina de una lección permanente. Si los guixolenses tuvieran algo más despierta la memoria, ANCORA ahorraría buena parte de su papel para temas de mayor calibre. No obstante y si Dios nos lo concede, día vendrá en que verás que estamos ejerciendo una labor que no es precisamente la de perder el tiempo.

De momento, sin nuestra actuación, no habría diálogo posible. Perderíamos el valor y conciencia de muchas cosas. ¿Y no has contado nunca lo que quizá sucedería si no fuera por lo que nuestra existencia no permite que suceda? De como somos correspondidos es precisamente lo que menos nos importa. La razón y la verdad son dos cosas permanentes, aunque sean infinitos los que a diario intentan olvidarlas.

Si me permites, pues, amigo contertulio, voy a terminar mi hoja de esta semana con algo que, por la ciudad, no sea de tu agrado.

—Dí, pues, que aquél fantoche de caseta que guarda los restos de aquel bote que en otro tiempo presumió la benemérita institución dedicada al salvamento de naufragos.

Toda la belleza y excelencias del felizmente llamado «Recó dels Pescadors», véase a diario con el bochorno de tan ingrata silueta, como espina clavada en una de las vías de más arraigo turístico.

¿No habrá una mano bondadosa que sepa o quiera corregir tamaña incongruencia?

—Yo creo que sí. Al menos en tu nombre voy a pedirla.

CLARION

ANCORA

SAN FELIU DE GUIXOLS, 13 DE ABRIL DE 1950

Por tierras de Serrallonga

7 DIAS Estos pasados días un grupo de amigos realizó una larga excursión por las Guillerías. Los altos y abruptos macisos y los profundos despeñaderos, los torrentes flanqueados de espesa vegetación y los caminos casi ocultos en la fronda, nos recordaron con singular viveza las andanzas de nuestro popular Serrallonga, allá en el siglo XVII, que se acendrarón con la visita a la pintoresca iglesia de Carós, que guarda las tumbas de algunos de sus familiares, y a la casa natal de su segundo, en Sant Romá de Sau. Parecíanos revivir con la imaginación las románticas escenas de emboscadas, persecuciones y duelos sin fin en que vivieron envueltos aquellos aventureros fabulosos.

El elemento popular, astutamente secundado por D. Víctor Balaguer, el fecundo y atrabiliario escritor catalán del pasado siglo, dió, a la larga, una versión absolutamente ennoblecida de la vida y hechos del célebre salteador, Víctor Balaguer, primero en su drama «Don Juan de Serrallonga» y luego en la famosa novela del mismo título, antepuso un *Don* al nombre del bandolero. El hecho de haber actuado Serrallonga en una época singularmente revuelta, y causado grandes daños a personajes de alta posición le predispuso, en la imaginación popular, a un endiosamiento y a atribuirle, seguramente con muy poco fundamento, el papel de nivelador de fortunas y paño de lágrimas de los pobres. Según la leyenda, Juan de Serrallonga sería un noble afiliado al bando político de los «nyerros» a quien su padre no permitiría contraer matrimonio con la heredera de una noble familia del bando rival, los «cadells». Don Juan raptaba a Doña Juana de Centellas y, perseguidos por la maldición paterna, se lanzarían a las montañas de las Guillerías y se dedicarían al bandidaje con singular bravura, asaltando sólo las diligencias de los ricos y matando únicamente a los enemigos políticos. Inducido por la sombra de su padre difunto a que se entregase a las autoridades, lo haría así, muriendo ajusticiado en Barcelona.

A partir de aquí la musa popu-

lar se apodera de él y nos da infinidad de romances de ciego, una canción y un baile con numerosas variantes en todas las comarcas catalanas. Pero D. Juan Cortada, en 1868, tuvo la ocurrencia de publicar los documentos del proceso contra Juan Sala y Serrallonga —nombre real del bandolero—, natural del pueblo de Carós, ajusticiado en Barcelona, según sentencia de los tribunales ordinarios, por «ladrón, asesino, rebelde y contumaz», en 1633. Fué Serrallonga azotado por las calles de la capital catalana, y decapitado luego.

Serrallonga, con su lugarteniente Jaime Malianta, alias «Fadrí de Sau», habíase puesto al servicio de los «nyerros», bando político que basaba su propaganda en la protección al pueblo. Hacía pocos años que había abandonado el caudillaje activo de este bando el extraordinario Perot Roca Guinarda (El Roque Guinart del Quijote). Serrallonga operó básicamente por las Guillerías, cometiendo tropelías sin cuento, pero su partida nunca llegó a ser un ejército, como la de Roca Guinarda. Tuvo en jaque al bando de los «cadells», y con él a la Diputación del General de Cataluña y al Virrey. Finalmente, como el poder real apoyaba alternativamente a uno y otro de los bandos, con el fin de debilitarlos a entrambos, dióse la coincidencia de que el jefe de los «cadells», Fontanella, prendiese a Juan Sala y Serrallonga, contra el cual se instruyó proceso y firmó sentencia.

De Doña Juana de Centellas para nada habla el proceso, y si sólo de dos mujeres que en calidad de concubinas acompañaron a Serrallonga. ¿Como se produjo, pues, la divinización del bandido? Probablemente por lo dicho al principio: El sentimiento heroico que el pueblo materializa en cualquier hombre de armas, unido a su condición de enemigo del poder absoluto de la nobleza.

Duele pensar que aquellas salvas y ágrestes montañas, que tantas bellezas contienen, no cobijaran realmente a un héroe, amador romántico y noble luchador, sino a un simple «lladre de pas», desertor del arado, que se había lanzado al monte, abando-

RELIEVE DE LA SEMANA

Sábado de Gloria

Sábado de Gloria en Barcelona. Son las nueve y media de la mañana y voy subiendo hacia Montjuich para visitar otra vez el Museo Arqueológico. Por las calles de la ciudad observo animados grupos de chiquillos que discuten y esperan. Con sus manos empuñan martillos, mazos, matracas, tapaderas de aluminio..., etc. Llego al Museo cuando faltan todavía unos diez minutos para abrir las puertas y decido subir hasta el teatro griego. Allí me siento bajo un frondoso pino; de pronto suena un cañonazo por la parte del castillo, otro allá abajo, otro más lejos e inmediatamente un inmenso ruido de cacharros y postes de metal golpeados, gritería de chiquillos, batir de tambores, campanas al vuelo sube de la ciudad despierta y conmovida. La radio de una casa vecina transmite al éter el canto triunfal del Aleluya: ¡Ha resucitado el Salvador!

Quedo unos instantes reflexionando y me digo: El único personaje histórico perennemente contemporáneo es Jesús. Es el único que cada día es adorado u odiado; ensalzado o discutido; alabado o maldecido con intensa pasión, con todas las potencias de la humana naturaleza. Los faraones, los emperadores, los generales y caudillos de masas son hoy sólo un nombre impreso en las páginas de la Historia. Nadie arriesgaría en pro o en contra de de sus ideales la más mínima parte de la propia hacienda. En cambio el sencillo carpintero de Nazaret (un humilde súbdito entre los millones de súbditos de Tiberio César) es recordado, bendecido y homenajado en todo el mundo; miles de seres humanos le ofrecen la propia vida y llevan a cabo por amor a El los más peligrosos, arriesgados y repugnantes actos de caridad para con el prójimo. ¡Y al expirar en la cruz no tuvo ni siquiera un pedazo de tierra propio donde yaciera su cadáver! Lo dió todo; se dió El mismo en Amor a los demás.

La vida de Jesús es pródiga en

nando mujer e hijos; y que la apasionada Doña Juana de Centellas quede repartida entre las payesas Anastasia Carles y Juana Macissa. Pero la leyenda sigue paralela a la historia, creando su propio hechizo y tejiendo su atractiva red. Y aunque la ciencia ponga las cosas en su punto, la fantasía esboza una irónica sonrisa de conmisericordia —J. V. A.